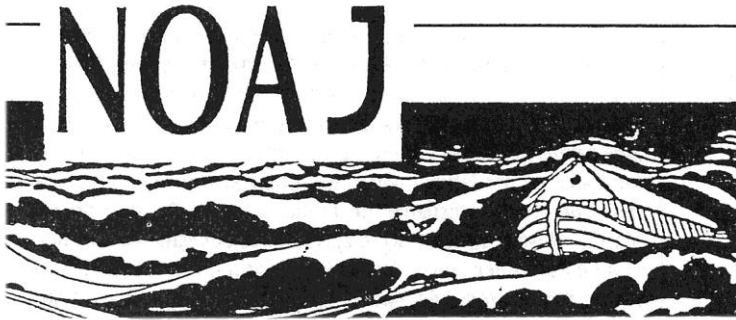




Año III, N°. 3-4, mayo de 1989

Guilló, Magdalena. Retorno a Eretz Israel. pp. 40-42

Magdalena
Guilló

Retorno a Eretz Israel

*Narradora
española, autora
de dos novelas en
las cuales el
mundo judío en
su génesis y
evolución
constituye el
centro de su obra
creadora: Entre el
ayer y el mañana
(1984), Un
sanbenito para el
señor Santiago
(1986).*

Cuando llegó a la tierra de Israel, tan pobre e indocumentado como había salido de ella muchos años atrás, lo primero que hizo fue arrodillarse y besar el suelo. Contempló el cielo, parpadeó ante un sol cegador, respiró el aire con fuerza y se estremeció al sentirse envuelto en tantos olores y ruidos que parecían darle la bienvenida. Algunos — el olor de los campos, el olor del mar, el rumor del viento, el canto de los pájaros — eran los mismos de cuando dejó el país; otros — los ruidos de máquinas y motores, el hedor de la gasolina, el perfume de la libertad — eran absolutamente nuevos. Vestido con unos vaqueros gastados y una camisa descolorida, su único visado ante las autoridades de inmigración lo constituían su juventud, la franqueza de sus ojos claros, color de oro, y la fluidez de su hebreo. Explicó que había nacido en Eretz

Israel pero no recordaba el año, y que podía demostrar su condición de judío para acogerse a la Ley del Retorno. Las autoridades no pusieron obstáculos pero le preguntaron de qué pensaba vivir. El dijo que sabía labrar la madera y, además, era rabino. Podían mandarle a un taller o a una yeshiva...

— ¿Te gustaría ir a un kibutz de Galilea?

¡Galilea! No sabía lo que era un kibutz pero volver a Galilea, a los campos de su infancia, a los cielos de su adolescencia, a los caminos tantas veces recorridos, las aldeas blancas, los valles fértiles, el lago Kineret... ¡Claro que le gustaría!

— ¿Cómo te llamas?

— Iehoshúa ben David.

Lo mandaron a un kibutz donde la palmera datilera crecía junto al árbol hermoso y donde las palomas zureaban al atardecer junto a las aguas de aquel lago taumatúrgico que los cristianos llaman mar de Tiberíades.

En el kibutz era el Rabí de los ojos dorados. Sabía tallar muy bien la madera pero lo que le gustaba era enfrascarse en el estudio de la Ley y los profetas. No le gustaba el Talmud, decía que complicaba demasiado las cosas, que la verdad era sencilla y no había que andar retorciéndola y sacándole puntas inexistentes. De vez en cuando se quedaba absorto contemplando los lirios del campo o las aves del cielo; otras veces huía al desierto para ayunar y meditar sobre algún pasaje de las Escrituras. Pero siempre regresaba a su kibutz, donde soñaba que la palmera pudiera volverse tan niña como cuando era una niña con cintura de pulsera, donde imaginaba que en el árbol hermoso brotaba un clavel encarnado que por redimir al mundo se

ha vuelto lirio morado, donde las palomas a orillas del lago evocaban el patio, el aljibe, los recuerdos, el futuro, nuestra patria, la liberación, el tiempo...

Un día sus compañeros del kibutz le llevaron a Jerusalem. Al recorrer la ciudad vieja fue presa de una gran emoción y lloró en silencio. Y, cuando llegó frente al Muro de las Lamentaciones, ante la sorpresa de sus compañeros, se desmayó.

Cuando volvió en sí deliraba. Le llevaron a un hospital y se pasó tres días delirando, con fiebre altísima y sudando sangre, murmurando frases incoherentes.

Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios...

Yo os digo: No hay entre los nacidos de mujer profeta más grande que Juan...

Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá...

Alguien dijo que aquellas frases eran trozos del Evangelio de los cristianos. ¿Cómo era posible? ¿El joven rabí de los ojos dorados, que se pasaba el día enfrascado en la Ley y los profetas, recitaba los Evangelios en medio de su febril desvarío? ¿El que había tallado en madera héroes y escenas de la historia de Israel repetía ahora las palabras de Jesús de Nazaret, el personaje más controvertido de la hagiografía judía?

¡Ay de ti, Corazáin, ay de ti, Betsaida...!

¡Jerusalem, Jerusalem, que matas a los profetas y apedreas a los que te han sido enviados...!

A los tres días cesaron la fiebre y los delirios evangélicos y amaneció curado. Pero el oro claro de sus ojos había adquirido una

pátina sombría que los hacía más bellos y también más penetrantes. Volvió al kibutz y siguió tallando madera, pero su arte cambió. Ahora las esculturas que salían de sus manos eran figuras solitarias con un escueto nombre. Mi madre — una mujer joven y hermosa — , Miriam de Migdal — una pecadora que amó mucho — , Lázaro — un regresado del más allá — , Simón — un pescador ingenuo — , Iojanán — un asceta esenio. También cambió su estudio de los textos sagrados. Ahora escribía, escribía febrilmente y guardaba celosamente sus escritos. Y, por último, abandonó la escultura y empleaba todo su tiempo libre en escribir.

Todos se preguntaban qué le ocurría a Iehoshúa ben David. Empezaron a circular rumores acerca de su extraña conducta. Alguien le había visto un viernes a las tres de la tarde, poco antes de que se encendieran las velas del Shabat, acostado en el suelo de su abandonado taller de escultor, desnudo sobre un tablón de madera, con la cara desencajada de dolor como si estuvieran clavándole pies y manos en aquel madero infamante. Alguien más había curioseado sus escritos y decía haber leído poemas desgarradores donde se dolía de la persecución del pueblo judío a través de los tiempos, y eran poemas escritos en metros de aflicción y rimados con remordimientos, como si él fuera responsable de todos los sufrimientos de la Golá. Otros aseguraban que se creía el Mesías y otros que tenía ínfulas de rey de los judíos y otros más que le habían observado en oración y parecía que hablara con Dios cara a cara como nuestro padre Abraham, como nuestro padre Jacob, como Moshé Rabenu... Uno le había visto lavar afanosamente su única camisa, que tenía una mancha de sangre a la altura del costado y que por mucho que

frotaba, la mancha no desaparecía, y otro contaba que tenía la espalda llena de cicatrices como si le hubieran azotado salvajemente, y otro más decía haber contemplado en el oro de sus ojos la imagen de una mujer de belleza turbadora y mirada ávida de amor. Los más radicales proclamaban que había que expulsarlo del kibutz, los más benévolos que había que ponerle en tratamiento psiquiátrico y los más indiferentes temían que acabara causando problemas y ya había bastantes problemas en Eretz Israel para que un *olé* venido de Dios sabía dónde los aumentara y los enriqueciera.

A nadie se le ocurrió pensar lo más sencillo. Jesús el judío, hijo de María, quería recuperar su autenticidad. Harto de veinte siglos de manipulación cristiana que le apartaba de sus orígenes y le negaba su identidad, Jesús el judío volvía a Eretz Israel. ¿Qué tenía que ver su judeidad con las catedrales góticas, los retablos barrocos, los cuadros velazqueños, los dorados primitivos italianos, la Capilla Sixtina o los fríos templos luteranos? Harto de ver arrodillarse ante su cruz a los que asesinaban a sus hermanos blandiendo esa misma cruz, harto de ver a su pueblo identificado con el odio del Sanedrín y con la ambigüedad de un pretor romano, harto de que le adoraran como Dios todos los que no le entendían como hombre, Jesús el judío abandonaba Roma y volvía a Jerusalem, huía de su encierro en iglesias y monasterios para recuperar la libertad de recorrer los campos de Galilea, caminar sobre el lago Kineret, perderse en la desolación del desierto, proclamar una vez más bienaventurados a los pobres de espíritu, a los que lloran, a los que padecen persecución por la justicia porque de ellos es el reino de los cielos. Ya ningún fariseo malévolo volvería a preguntarle si era lícito curar en sábado

o pagar tributo al César, ya ningún gentil insolente volvería a preguntarle si era el rey de los judíos... Había muchas otras cosas que podían volver a preguntarle todavía acerca de su naturaleza divina, su condición mesiánica y sus revolucionarias interpretaciones de la Ley y los profetas pero, de momento, podía asombrarse ante el bullicio de las ciudades, la frondosidad de los bosques y la dulzura salobre del mar, volver a abrazar a su madre, tan morena y hermosa, volver a encontrar a Marta y María, a Lázaro y Juan, inventar otras parábolas, celebrar el Pesaj... Tal vez tendría que enfrentarse de nuevo a una triple tentación satánica y a la tentación más sutil y peligrosa del amor de María Magdalena; ¿sabría resistir de nuevo, sabría repetir que no sólo de pan vive el hombre y, sobre todo, repetirlo no me toques a aquella mujer que tanto le amó? Tendría que enfrentarse a otras cuestiones que, en el fondo, eran las mismas de siempre; ¿sabría tomar el partido de los débiles y defender a los oprimidos y desheredados, cosa que no siempre hicieron los que se llamaban sus seguidores? ¿Sabría fustigar de nuevo la neurosis ritual de los que se creían puros, azotar a los mercaderes, maldecir la hipocresía, proclamar una vez más que no había venido a abrogar la Ley y los profetas? Tal vez... En cualquier caso, prefería ser Rabí Iehoshúa entre los judíos que Cristo Rey entre los gentiles; que se buscaran los gentiles otro Mesías para fundar nuevas estructuras de poder y nuevos tribunales de terror, para inventar ideologías y encadenar conciencias, para colgar sambenitos y redimir culpas, que él se quedaba muy a gusto en la entrañable tierra de Israel donde nadie esgrimiría su nombre para justificar la guerra, arrogarse el poder, disfrazar el odio o simular la paz. ◆